

bitos sucumbieron allí, entre ellos Raglan y La Marmora, y medio millón de hombres perdieron también la vida. Profundamente afectado, quizás la consideración de tantas víctimas fué lo que causó la muerte del Czar Nicolás, que falleció dejando el imperio á su hijo Alejandro II en circunstancias tan difíciles.

Derrotados los Rusos en la batalla del Alma los Occidentales ocuparon á Balaclava, y se acamparon delante de Sebastopol que era una de las fortalezas más poderosas, y en seguida empezaron á bombardearla; los Rusos, después de haber perdido 17,000 hombres la evacuaron. El Austria puso fin á estas hecatombas, haciendo que los Aliados estableciesen algunos puntos sobre los que pudiese tratarse la paz, y obligando á la Rusia á aceptarlos, declarándole que si no lo hacía así, se uniría con las Potencias Occidentales. La Rusia tuvo que resignarse, y se proclamó la paz, terminándose de esta manera una guerra emprendida sin objeto preciso, llevada á efecto sin vigor ni energía, y concluida sin prevision.

20 de agosto 1855.
26.
1.º de setiembre.
8 de noviembre.
17 febrero 1855.

V

PAZ DE PARÍS. — GUERRA Y UNIDAD DE ITALIA.

Un Congreso fué reunido en París para arreglar las condiciones de la paz. La Francia no obtenía ventajas ningunas en cambio de tantos sacrificios hechos, pero figuraba como la parte principal. La Puerta entró á gozar de las ventajas del derecho público europeo, y volvió á confirmar la libertad religiosa. La Rusia le restituía á Kars y recuperaba de los Aliados, Sebastopol, Balaclava y los otros puertos del Mar Negro, el cual era declarado Mar neutral cerrado á todos los buques de guerra, y abierto á los navíos mercantes. Los principados del Danubio quedaban bajo la soberanía de la Puerta.

No se cambiaban las condiciones de libertad civil y política, solo se estableció la franquicia del pabellon neutral en tiempo de guerra, y se abolió el derecho de armarse en corso entre las naciones, pero conservando el de hacer la guerra. Los Americanos á quienes es debida la aplicación más lata de las leyes marítimas de guerra, protestaron contra la abolición de las patentes de corso, á fin de no hallarse, en caso de una guerra, inferiores á las naciones que sostienen una poderosa escuadra en tiempo de paz (1).

(1) Según sus ideas humanitarias, Napoleón III declaraba el 9 de Marzo de 1854 que suspendería el hacer uso de sus derechos, y no se apoderaría de las mercancías enemigas á bordo de los buques neutrales. Esta declaración ayudó muchísimo á la Rusia, al paso que perjudicó á la Inglaterra y más tarde á la Francia misma en la guerra del año 70, que no pudo emplear sus buques contra el comercio alemán, y tuvo que limitarse á la defensiva.

Cuando buscaban auxiliares los Aliados para la guerra contra la Rusia, pidieron al Piamonte que les diese algunos soldados. El Piamonte contestó que no los daría como mercenarios, es decir, por precio de dinero; pero que sí enviaría como aliado un cuerpo de ejército al mando de un general sardo. Aún cuando repugnaba á los patriotas el enviar un ejército contra una Potencia que no les había causado ningún perjuicio, ni hecho el menor daño, dejando al país expuesto á las eventualidades de un ataque del Austria, con el envío de este ejército quisieron reparar las humillaciones sufridas, poniéndose al par de las grandes potencias, y se dispuso el mandar quince mil hombres, recibiendo de la Inglaterra un préstamo de un millón de libras esterlinas al tres por ciento de interés.

Parecía natural, al hacerse la paz, que el Austria, que había preservado á la Europa del azote de la guerra militante, recibiese alguna compensación por la parte del Danubio. El gobierno piamontés se alarmó con esto, y dirigió notas y circulares vivísimas exponiendo en ellas y demostrando que el engrandecimiento del Austria redundaría en perjuicio de la libertad europea; que la predominación de la Rusia, que acababa de ser abatida, sería sustituida por la predominación austriaca, cuya Potencia no tardaría en obrar como dueña soberana en todo el territorio que se extiende á lo largo del Danubio, como lo hacía en Italia; que en Italia se consolidaría mucho más su unión con el imperio, disminuyendo la influencia de la Francia y de la Inglaterra, y reduciendo al Piamonte á la imposibilidad de sustraerse de la dominación austriaca. De modo que resultaría premiada aquella Potencia que se había negado á unir su ejército con el de los occidentales, y castigada aquella que no titubeó en favorecerlos.

Cavour consiguió tomar parte en el Congreso con los otros plenipotenciarios (1), y convidado á hablar por Napoleón que decía querer hacer algo en favor de la Italia, se extendió largamente, exponiendo las condiciones en que aquella se hallaba desfogando su cólera contra el gobierno austriaco, contra los de los otros Estados, especialmente contra el napolitano y el

(1) Con arreglo á la Bula de Julio II del año de 1504, los Estados eran clasificados en el orden siguiente: En primer lugar el emperador de Alemania, el rey de Romanos, heredero presuntivo del imperio; el rey de Francia, el de España, el de Aragón, el de Portugal, el de Inglaterra, el de Sicilia, la Suecia, la Hungría, Navarra, Chipre, Bohemia, Polonia y Dinamarca.

Seguían después, las Repúblicas de Venecia y de Génova, la Confederación Germánica, el duque de Bretaña, el Elector palatino, el de Sajonia, el de Brandeburgo, el archiduque de Austria, el duque de Savoya, el gran duque de Toscana, los duques de Milán, de Baviera y de Lorena. La Rusia no figuraba todavía entre las Potencias europeas.

del Papa. Dijo que era necesario reconstituir la Italia si se quería que no fuese ella la que perturbase continuamente la Europa: que debía confundirse y amalgamarse la ambición de la Casa de Saboya con los intereses italianos, ante todo el Occidente en donde no podría establecerse el equilibrio en tanto que el Austria oprimiese la Península. Por último, concluyó diciendo, que cualquiera que fuese la suerte que la Providencia reservase á los Italianos, todo hombre de corazón se recordaría siempre que Napoleón había sido el primero en preguntar: *¿Qué es lo que podemos hacer por la Italia?*

El atacar á Potencias independientes que no se hallaban allí representadas, era faltar á todas las reglas del decoro; era hacer un ultraje á la máxima de la « no intervención » por la cual se había hecho la guerra de Crimea; pero también era esta la primera vez que se había puesto en discusión la cuestión italiana en un Congreso europeo, con la intención de mejorarla; de modo que la causa liberal se encontró puesta, no solamente entre las manos de los conspiradores y de las sociedades, sino de un Gobierno.

Desde este momento se hizo solemne la enemistad entre el Austria, que era poderosa sí, pero repudiada por la opinión pública, y el pequeño Piamonte, débil, pero sostenido y apoyado por brazos fuertes, el cual se mostraba incansable en suscitar obstáculos y dificultades á su victoriosa vecina, atacándola en sus periódicos, y representándose él perseguido y amenazado; desde entonces el Piamonte fué el sinónimo de revoluciones. Cavour que quería hacer ver que la Italia no podía bastarse á sí misma, consiguió que toda ella le aplaudiese. Los emigrados de Rumania hicieron acuñar una medalla en su honor con el lema: « *¿Che fan qui tante peregrine spade?* »

Desde la campaña de la Lombardia existía en el Piamonte cierto menosprecio y malevolencia entre los paisanos y los militares; aquellos temerosos de un golpe de Estado militar; estos por las críticas y rechiflas que se hacían de sus operaciones militares. Tratábase, por esta razón, de realzar el mérito del ejército, y el ministro de la guerra, con este objeto, hizo ejecutar y distribuir dibujos y gravados representando aquellas acciones gloriosas de la guerra de Crimea en las que los soldados piamonteses habían tomado parte, combatiendo al lado de los Ingleses y Franceses.

Inkerman había borrado la afrenta de Novara, y hecho desaparecer el desaliento que causa siempre una derrota. De Nápoles se envió á La Marmora una espada en cuya hoja se leía el verso: « No ha muerto todavía el antiguo valor en los corazones italianos. » (*L'antico va-*

lore negli italici cor non è ancor morto.) Los de Milán dispusieron un monumento que debía erigirse en Furni, en honor del ejército, é iguales demostraciones venían de otros puntos de Italia en favor de aquel que « solo la defiende á cara descubierta. » Se abrieron suscripciones para guarnecer con cien cañones la plaza de Alejandría, y para dar diez mil fusiles á aquel país italiano que se sublevase el primero.

De modo que la guerra proclamada y emprendida en favor de la Turquía, en realidad vino á resultar contra el Austria, y la paz se transformaba en « semilla de dientes de dragón »; y mientras esta paz garantizaba la conservación de la Turquía, preparaba la destrucción de los principados italianos. Lamartine la definió muy bien al decir, que era « una declaración de guerra, en forma de paz; las adarajas del caos, esto es, la preparación ó el fundamento del fin del derecho público en Europa. »

Deshechas las antiguas alianzas, y no habiéndose conseguido el formar otras nuevas, se originó de esto un desarreglo general: irresolución é incertidumbre por parte de los que se hallaban bien acomodados; desmesuradas esperanzas de los que querían colocarse poniéndose en lugar de aquellos; dura é imprescindible necesidad de recurrir á los rigores, á los suplicios, al estado de sitio y á los secuestros, por parte de los que tenían que defenderse; y mientras tanto, el Piamonte, denunciando todos estos medios violentos y protestando contra ellos, adquiría importancia.

El joven príncipe Francisco José, que apenas contaba diez y ocho años de edad, subía al trono en momentos bien difíciles. Educado con esmero, pero con simplicidad, por una madre prudente é instruida, pero altiva, cual era Sofía de Baviera; cuando empezó á reinar mucho antes de lo que podía esperarse, supo mantenerse respetuoso, pero independiente. Sin ser guiado por miras ni cálculos políticos, sino simplemente por sentimientos afectuosos salidos del corazón, se casó con la hermosa Isabel Amalia, hija de los duques de Baviera; y cuando fué á recibirla á Lintz, dejando á un lado las trabas del ceremonial y la etiqueta, la estrechó en sus brazos y la besó; lo cual le valió frenéticos aplausos del pueblo.

Teniendo á la Italia y á la Hungría sublevadas, á la Croacia vacilante, á la Alemania dispuesta á proclamar la unidad y á elevar la Prusia á su cabeza; siéndole adversa toda la Europa, excepto lord Palmerston que, siendo liberal revolucionario y opresor reaccionario al mismo tiempo, le aconsejaba que se amputase los antiguos miembros, y volviese después á colocárselos de nuevo; Francisco José, naturalmente humano y caballeresco, se vió precisado á ser cruel. Deplo-

rando la situación presente, declaraba que era posible el regenerar al Austria por medio del conjunto y amalgama de los diferentes países y razas (*viribus unitis*), con tal que los pueblos esperasen su mejoramiento, no de las discusiones de los representantes, sino del beneplácito regio; y al mismo tiempo daba un Estatuto unitario de la monarquía hereditaria, libre, independiente, indisoluble, teniendo por capital á Viena: en él se consignaban la igualdad de derechos á todas las razas, y principalmente el de conservar cada una de ellas su propia lengua y nacionalidad: un sistema único de aduanas y comercio; una única ciudadanía y derecho civil y penal; la justicia sería administrada en nombre del emperador; abolición de toda servidumbre personal; garantía y constitución de las comunes; determinados y clasificados los negocios provinciales é imperiales; dividido el poder legislativo entre el emperador, el Parlamento y las Dietas provinciales, según los diferentes países ó dominios, en cada uno de los cuales nombraría el emperador un lugar-teniente responsable. Se instituyó un Consejo del Imperio compuesto de miembros de los diferentes países ó dominios. El poder judicial sería independiente, y los jueces inamovibles; público el enjuiciamiento. Los impuestos y las contribuciones serían determinadas por las leyes, y garantizada la deuda pública. La fuerza armada no podría deliberar en común: establecimiento de la guardia cívica, y determinadas las formas y el modo con que podría ser modificada la Constitución.

Por bien combinada que esta estuviese, se hallaba en contradicción con la histórica variedad de los pueblos del Austria; y Félix Schwarzenberg con esta nivelación universal, que era una violenta reacción contra los desmanes revolucionarios, renegaba á cada una de aquellas diversas nacionalidades, y las rechazaba; y en lugar de servirse de las fuerzas vivas é históricas de cada una de ellas, democratizaba el país sin que este tuviese las largas miras y condiciones que son necesarias para acostumar á los hombres á manejarse y gobernarse por sí mismos.

Schwarzenberg preguntó á los diferentes Gobiernos restablecidos en Italia, si sería conveniente el resucitar las Constituciones que fueron otorgadas en 1848; y todos le respondieron conformes en que aquellas Constituciones no eran compatibles con el orden y la paz, y que con ellas no se tendría más que la anarquía en el interior, y las agresiones en el exterior: que se vería expuesto en todas partes, á ser el blanco de los ataques más violentos, el dogma ó principio de autoridad; á ver propagadas por medio de la prensa, con incansable actividad, las doc-

trinas más antisociales y subversivas; y á que, por la apatía de los conservadores, los intrigantes y los demagogos se hiciesen dueños de las elecciones. El pueblo, decían, tiene el sagrado derecho de ser guiado y protegido por un Gobierno fuerte é ilustrado que despliegue una actividad tan incansable como inteligente; que tome osada y resueltamente la iniciativa de las leyes justas y sábias y de las reformas oportunas y convenientes, y que, penetrado de la inmensa responsabilidad que pesa sobre él, sepa hacerse obedecer, y hacer respetar las leyes por todos, y en todas partes.

En efecto, la Constitución fué suprimida por decretos expresos, en el reino Lombardo-Veneto, en Toscana, en la Rumania y en los ducados, y cayó en olvido en el reino de Nápoles.

La revolución, sin embargo, estaba muy lejos de hallarse extinguida. Después de haber despertado de aquel triste y tan acariciado sueño de su insurrección, la Lombardia se encontró á merced del despotismo militar, puesta en estado de sitio; y esto no sirvió sino para aumentar y avivar mucho más el sentimiento de la independencia y el deseo de obtenerla. En este país tenían fijadas sus miradas las sociedades secretas y las insurrecciones que iban en pos de estas. Los salteadores de caminos y los asesinatos se disfrazaban todos con el manto del patriotismo. En cuantas tentativas de insurrección se hacían, figuraba el nombre de Mazzini, á cuya actividad igualaba su impotencia por falta de unidad entre el pensamiento y la acción. Mezclados sus partidarios en todas las sociedades secretas, así como en las más deplorables tentativas, llegaron á hacer sospechoso el nombre de republicano.

Victor Manuel II, que se hallaba emparentado con todas las Casas reinantes en Italia, rey nuevo que no se había comprometido con esperanzas ó promesas lisonjeras; que se hallaba al frente de un ejército disgustado con las innovaciones que tan caras le habían costado; con el país ocupado por los Austriacos, con un Parlamento desacreditado, y con ministros que se esmeraban, á porfía, en hacer patente la impotencia de todos, hubiera podido retirar fácilmente el Estatuto dado, no diré espontáneamente, pero sí liberalmente, por su padre, y verse ahora tan aplaudido por esta medida como entonces lo fué aquel, al concederlo. Lejos de hacerlo así, al contrario, recordando con melancólica firmeza las desgraciadas ocurrencias que habían anticipado su subida al trono, aseguraba que las instituciones del país no corrían ningún riesgo; recordaba la necesidad que había de poseer los tres supremos beneficios de la tranquilidad, del progreso y de la economía. Fué una gran fortuna el tener un rey que habiéndose educado por sí mismo, viviendo en medio de los soldados,

no se dejó corromper por la molición que es propia de los palacios reales. Ardiente cazador, llano y aun tosco en el vestir y en el comer, no absoluto, sino resuelto, poco deseoso de popularidad y de festejos; ménos aficionado aun á las letras, aunque de fácil comprensión; no tan superior á los partidos, cuanto ajeno á ellos; observando el Estatuto y ocupándose lo ménos posible de los negocios, se descargaba del peso de la responsabilidad de las acciones poco justificables con la irresponsabilidad constitucional.

El Estatuto que, según la opinión reinante entonces, representaba la verdadera libertad, era un remedio de aquella híbrida mezcla de despotismo imperial y de libertad inglesa que la Francia abandonaba después de haber visto por una experiencia de veinte y tres años, que no servía ni para consolidar la libertad, ni para asegurar la paz. Si escasamente, por sus muchos defectos, podía bastar para un pueblo moral y cívilmente educado, era suficiente para servir de pretexto de reconveniones á aquellos príncipes que lo habían suprimido, y era el punto de mira de los deseos de todos los demás pueblos de Italia.

Pero el conservarlo cuando se había destruido lo pasado, y apenas se había desflorado el porvenir; el unir la espuela que hace libre con el freno que hace fuerte; el poner de acuerdo la tradición conservadora con las innovaciones invasoras, de modo que la autoridad no impidiese la libertad, y que la libertad no usurpase la autoridad; el no querer retroceder, pero ni tampoco avanzar, ni renegar de la propia obra; eran cosas muy difíciles de arreglar en medio de pasiones tan sobrecitadas, con un Parlamento que ponía su gloria en hostilizar á la Corona, que hacía consistir su dignidad en rechazar acuerdos indispensables; con el vertiginoso cambio de ministros, impotentes todos en frente de partidos que en el Piemonte tendían, no á amalgamarse y refundirse, sino á despedazarse, y que todos ellos tenían sangre y lágrimas que vengar; con la punzante excitación de los emigrados y las apasionadas polémicas de los periodistas que con sus acusaciones y recriminaciones continuas, sus interpretaciones sistemáticamente falsas, desfigurando los hechos, inoculaban en el pueblo aquel veneno que más pronto le corrompe: el odio y el desprecio.

Las elecciones se hacían al acaso ó por intriga. Todo aventurero que conseguía hacerse por el momento el ídolo de la pandilla electoral, se metía á legislador sobre materias que ignoraba completamente, y á fuerza de pulmones y de fraseología, lograba que se aplaudiesen las cosas más absurdas y exageradas, contentándose con la frívola y pasajera adquisición de una popu-

laridad malsana. No aparecían hombres que fuesen verdaderas notabilidades, sino un enjambre de medianías; hombres, no de acción, sino de palabra; petates que se creían capaces de saberlo todo sin haber estudiado nada, con solo poseer un poco de imaginación y saber usar de la palabra: triste talento, que solo sirve de velo para cubrir la inercia, y consiste únicamente en tener un poco de imaginación, sin firmeza ni seguridad en el juzgar; en una concepción repentina ajena á la reflexión; en una facilidad de cacarolear sobre el primer pensamiento que se les ocurre, sin detenerse á un segundo raciocinio que lo madure y perfeccione. Lo que hicieron semejantes individuos fué el limitarse á proscribir toda independencia moral, á vituperar á las personas y las cosas que eran superiores á su bajeza; á querer entronizar el despotismo de lo disforme y de lo irracional, sobre lo bello y justo; de la negligencia y la pereza, sobre la aplicación y el estudio; del hombre sin educación sobre el instruido; y con el auxilio del espionaje y la calumnia, que tanto perjudicó al porvenir de la Italia, crear héroes y mártires, deprimiendo la autoridad y la dignidad, y dándose la satisfacción de vilipendiar á quienes se debía obedecer.

No son semejantes circunstancias las más propias para poder adquirir el verdadero conocimiento de la libertad, ni para que se consoliden las doctrinas políticas y sociales, lógicamente conexas. El liberalismo se había dedicado casi exclusivamente á combatir el sistema inquisitorial de los Gobiernos antiguos; de modo que, desaparecidos estos, nada más comprendió; se tuvo por feliz con la adquisición y conquista de algunos cuantos derechos políticos; llamó pueblo al vulgo, y cobardía la moderación. Los verdaderos liberales desaprobaban esta manera de dejarse gobernar por las palabras; de hacer esclavo al individuo para dar la libertad á la muchedumbre; pero, ó bien se callaban por no exponerse á verse envueltos en el barullo de las calles, ó no eran escuchados. Espantados de las trascendentales consecuencias, y de las perturbaciones que causan en las costumbres y en las inteligencias los trastornos políticos, muchos se apresuraban á abjurar como errores hasta las mismas verdades que sucumbían, avergonzándose de haber concebido demasiadas esperanzas.

Todas estas discusiones, sin embargo, esa publicidad de todos los actos, todo aquel clamoreo y verbosidad de la clase más intrigante y locuaz, hacía considerar el Parlamento como la expresión y el símbolo de la nación, como el núcleo de la Italia futura. Se abusaba de la libertad en todas partes para denigrar y frustrar los esfuerzos de aquellos que se complacían en secundar las miras del Gobierno.

La mayor parte de los emigrados de los demás Estados de Italia había venido á refugiarse al Piamonte; estos eran gente activa y de ingenio, como lo saben ser generalmente esa clase de individuos muy afanosos para procurarse honores y riquezas, y para hacerse un mérito de los padecimientos y perjuicios sufridos. Muchos de estos emigrados eran señores, especialmente los Lombardos que habían traído riqueza y deseos de venganza, los cuales ejercían una continua influencia en el país que era el antiguo sueño dorado y objeto de la ambición de los príncipes de Saboya; pero, al mismo tiempo, había venido con ellos una turba de parásitos, cargados únicamente con una gran provision de cólera y envidia, que vivían representando el papel de mártires, escribiendo, pordioseando, adulando la opinión del día, y haciendo que la cola arrasrase la cabeza.

La penuria del erario era grandísima, y enormes las contribuciones, hechas necesarias para poder pagar los desastres de dos campañas, y setenta y un millones, además, al Austria: esto no obstante, la administración se mejoraba, y el Piamonte fué dotado con nuevas instituciones; progresaba la industria, y con ella se aumentaba la exportación de la seda y la importación del algodón; se hacía uso de máquinas agrícolas, se empleaban abonos artificiales; se había aumentado el precio de los jornales, multiplicado las especulaciones; se arriesgó á emprender obras gigantescas, tales como el agrandamiento del puerto de Génova, la construcción del Canal Cavour (1); y sobre todo, de carreteras y caminos ordinarios y de ferrocarriles para unir entre sí, y con los vecinos, las diferentes partes del país por medio de estas nuevas vías de comunicación.

El conde Camilo Cavour, que era hijo de una familia rica, hizo sus estudios fuera del país, y escribió sobre economía. En su patria era ménos estimado á causa de su demasiada adhesión á las ideas inglesas, y quizás también, por las palabras picantes y la risa sardónica que no economizaba para criticar los hechos de sus compatriotas. Al empezar la efervescencia en el año de 1847 se dedicó al periodismo en el que sostenía las innovaciones; pero su

(1) El canal Cavour partiendo de la orilla izquierda del Po, por bajo de Chivazo, atraviesa el Dora-Baltea con un puente-canal de 492 metros, y un acueducto de 2,431 metros; el Elba con un tubo de 177,59; el Cervo con un puente-canal de 150 metros y un acueducto de 2,622 metros, el Sesia en un foso de 265 metros. Con obras de ménos importancia atraviesa también el Roasenda, el Marquiana el Agoña y el Serdopio; y después de haber recorrido un trayecto de ochenta kilómetros, desemboca en el Ticino, cerca de Turbigo, habiendo reunido las aguas del Po con las del Dora-Baltea, y después de haber regado más de doscientas mil hectáreas, de las provincias de Verceolo, Novara, Lomalina y Casalaseo.

moderación en medio de la exaltación que iba cada día aumentándose, su riqueza, sus manejos, y los amigos que tenía, le hacían mirar como sospechoso por la democracia, que le calificaba de clerical. Habiendo conseguido introducirse en el ministerio D'Azeglio, y oponiendo á la inercia sistemática de este, el sistema contrario del movimiento, logró el hacer hablar de sí continuamente, y por último quedó dueño del campo. Abandonando entónces al partido moderado y eclesiástico de la Cámara, se unió con el partido de la izquierda. Hallábase á la cabeza de este, Urbano Rattazzi (1810-73), abogado alejandrino, que á la caída del Gobierno había estado encargado de formar un nuevo ministerio, y era jefe de él en el momento de la batalla de Novara; pero á pesar de que le imputasen á él la culpa de aquel desastre, y á pesar de las violentas diatribas de Gioberti, no perdió, sin embargo, el favor popular; y modificando algun tanto sus exageradas ideas, se unió con Cavour.

El ministerio de éste duró seis años: la política reparadora y moderada fué abandonada, y remplazada por una política agresiva contra el Austria. Hombre de más inteligencia que de ideas y fe, razonador frío, pero no generoso, espíritu práctico, pero sin miras elevadas, no tuvo ningun pensamiento, ni designio nuevo, pero supo aprovecharse de los de los otros. Era inexperto en las ciencias, en las letras, en las artes y en todo cálculo de interes, lo cual no le impedía atreverse á decir cosas que otros callaban. Afirmaba siempre osada y resueltamente, sabiendo que la mayor parte de las gentes, las unas por distracción, las otras por superficialidad, se dejan arrastrar por aseveraciones hechas, al parecer, con seguridad y franqueza, y que entre gentes que se dejan alucinar y seducir por frases halagüeñas, la política no vive de lo teórico, sino de lo posible.

Cavour desplegaba una portentosa actividad para promover y hacer ejecutar las obras públicas, los canales, los ferrocarriles; se ocupaba de la mejoración de las cárceles, de la igualdad en la repartición de las contribuciones; hacía con la Francia un tratado de comercio; combinaba un empréstito con la casa Rothschild, y repetía á todas horas, y en todos los tonos, que era preciso pagar y pagar.

Ensalzaba con la misma facilidad que deprimía; fácil en amar á cualquier persona, en cuanto ya no le era útil, la abandonaba hasta de una manera cruel. Insultaba también, con mucha facilidad, y con la misma se retractaba y presentaba sus disculpas. Agitarse sin cesar, gritar, afirmar, alucinar con confusas esperanzas, no dejar, en fin jamás, que, tanto en el país como fuera de él no se olvidase al Piamonte ni á su ministro, y no se dejase de hablar de él; esta

fué su táctica continua, sin ningun escrúpulo en la elección de medios; y para conseguirlo, cambiar estos medios segun soplab el viento; esto es, segun la charla y gritería de los periodistas. Conociendo cuanto cuestan estos Brutos, sabía dirigirlos, porque sirviéndose de la inmoralidad, como él supo hacerlo, le eran necesarias conciencias de mangas muy anchísimas.

Conoció que uno de los mejores partidos que podía sacar de la libertad civil, era el de atacar la de la Iglesia: « Cuando quiero hacer aceptar alguna proposición, decía, me como un fraile. » En 1841 Carlos Alberto había concluido un Concordato con el Pontífice, el cual (como siempre sucede en transacciones y convenios de esta especie) cedió en algunos derechos ó privilegios para asegurar otros. Cambiada ahora la forma de gobierno, se decía que también debía desaparecer aquel convenio. El primer artículo de Estatuto y el que más quería Carlos Alberto, establecía la supremacía de la religión católica, y el respeto á las propiedades de la Iglesia; pero los vocingleros exaltados que no saben hacer uso de la libertad sino quitándosela á los otros, quisieron que se pusiese la mano sobre los bienes del clero. Suprimiéronse las congregaciones religiosas, encantándose de sus bienes: se declararon abolidos el Concordato y las franquicias eclesiásticas; y por que mostraron oposición y resistencia á estas espoliaciones, se deterraron ó se encarcelaron á los obispos de Farmi, de Asti, de Sasari, y de Cagliari. De esto resultó una gran perturbación en las conciencias: mientras que por una parte se negaban los sacramentos á los diputados y ministros que habían incurrido en excomunión mayor; por la otra se excitaba á los curas á que se alzasen contra los obispos; y de esto y de lo otro se ensalzaban como actos de martirio muchos de ellos, que no eran, á menudo, más que ostentaciones y alardes de amor propio.

Este conflicto en el que los sentimientos de la mayor y la más sana parte de la nación era sacrificada á la ruidosa algarabía de los periodistas, infundió ánimos al partido que se proponía separar la Italia de la fe popular y antigua. Con este objeto se multiplicaban los libros, los periódicos, las predicaciones, ó más bien los discursos públicos y las declamaciones, así como también las escuelas, segun la creencia valdense. Pero como para hacer cómplice á la conciencia pública, se necesita corromperla primero; el pacífico y religioso pueblo de Turin, se veía inundado todos los domingos, de hojas sueltas, de escritos volantes en los que un tal Bianchi-Giovini insultaba á Cristo, á la Trinidad Santísima, á la Virgen-madre. Se presentaba el pontificado como la peste y la corrupción no solo de Italia, sino de la fe, y se ponía como

base y fundamento de toda mejora de la patria, la persecución al Catolicismo, el odio al orden sobrenatural, que es el fundamento y la base del orden del mundo, y la necesidad de escoger entre una Iglesia sin tolerancia, ó una democracia sin Dios.

Los periódicos, entretanto, repelían sin cesar sus amenazas contra el Austria; pareciendo ser una manifestación latente de estas amenazas, la tentativa hecha en Milan el 6 de Febrero del 53, en la que, en medio de las diversiones del carnaval, se atrevieron algunos á dar muerte á varios soldados alemanes. Una irrupción armada debía hacerse simultáneamente por la parte de la Suiza y del Piamonte; pero ántes que pudiesen verificarlo fué reprimido el tumulto fácilmente y castigado muy rigurosamente.

Habiendo secuestrado el Austria los bienes de los emigrados Lombardos como cómplices de aquellos asesinatos, Cavour dirigió entónces un Memorandum á todas las Potencias invocando los derechos internacionales, y diciendo que un Estado no puede, por la sola razón de su seguridad, adoptar medidas ilegales, lo cual sería si lo hacía así, poner en práctica las doctrinas revolucionarias, que todo Gobierno bien ordenado tiene la obligación de combatir, puesto que zapan toda la sociedad civil; y terminaba pidiendo cuatrocientas mil liras (pesetas) para socorrer á los secuestrados. De este modo conducía él la diplomacia á conspirar con la revolución, llegando á persuadir que no podía bastarse á sí sola la Italia, y que por esta razón era necesario que esperase tiempo y ocasión de dañar á su grande enemiga. En el entretanto, fortificaba Alejandría y Casale; reconcentraba en el puerto de Spezia todas las fuerzas navales; oponía declaraciones y desmentidas terminantes y absolutas al Austria, que se quejaba de verse atacada todos los días; y asegurando y demostrando que solo el Piamonte era el que contenía la revolución, esto le hacía adquirir importancia y ser el *desideratum* de toda Italia.

Esta nación que fué tan malamente calificada *tierra de muertos* (1), continuaba viviendo en una paz infelicísima, intolerante de lo presente, ansiosa de un porvenir indeterminado, agitada por la prensa del Piamonte y por los emigrados, los cuales, de consuno con aquella, trabajaban

(1) La frase *tierra de muertos* que le costó á Lamartine tener que batirse en duelo, se halla en Simondi, tan parcial para nosotros. En el cap. 426 de la historia *Republicas Italianas* escribe: « Bien sea que se observe toda la Italia entera, y la naturaleza del suelo, ó bien las obras del hombre, ó al hombre mismo, cree uno hallarse siempre en la tierra de los muertos, al ver la debilidad de la generación actual y la potencia de la precedente. »

Otro tanto dice el Leopardi y dicen todos aquellos que no saben ver hoy sino una *resurrección* ó renacimiento de la Italia. Nosotros siempre tendremos empeño en demostrar cuanta vida había encubierta en aquellos cadáveres.

para que fuesen ineficaces, nulos ó irrisorios todos los esfuerzos que los príncipes hacían para mejorar sus respectivos países (1).

Los Estados pontificios y el reino de Nápoles estaban infestados de bandidos. Los que habían soñado con la mejor buena fe y sencillamente, con la primacía de la Italia entre todas las naciones, se hallaban muy mortificados, al ver que les sucedía lo que á los cómicos, que al llegar al quinto acto de un drama, es silbada la pieza que había sido aplaudida en los cuatro actos precedentes. Algunos, cansados de las convulsiones, se echaban á dormir aunque fuese sobre un lecho de espinas, incomodándose con los que querían despertarlos; y no reconociendo la recomposición más que en el quietismo, condenaban hasta las libertades nacionales y las prudentes garantías.

No quiero hablar de esa turba medrosa y temblona, alegre ó lloricona que había gritado: « ¡ Vivan los Piamonteses, viva el rey constitucional, viva la República, viva la fusión! » y que habría gritado también: « ¡ Vivan los Franceses, vivan los Alemanes, viva la Consortería! » con tal que no tocasen á la paz, ni á los bienes. Muchísimos, ó por que habían escrito ó charlado, ó por que en las contiendas patrióticas habían cumplido con su deber, se creían con derecho á obtener eniños, recompensas, consideraciones. Otros muchos, en vez de aprender la ciencia del sufrimiento, no sabían más que mesarse el cabello, echando mil pestes contra los hombres y contra las cosas, desesperando de estas y de aquellos; acusando de cobardía á los que no perseveraban en sus errores, y aceptaban la santa impopularidad de la verdad.

Caballeros errantes del desorden, mezclando neciamente el charlatanismo con los nobles sentimientos de patria y nacionalidad, y movidos por una mezcla de orgullo y de ignorancia, asechaban con ansia nuevas ocasiones de disturbios; después de haber sido imprecavidos defensores, se hacían furibundos vengadores, y querían edificar sobre ruinas, empleando materiales ruinosos, y, sin apercibirse de ello, ayudaban á aquellos rufianes que están siempre dispuestos á cometer toda clase de crímenes para los que no sea necesario tener un verdadero valor.

(1) Del Anuario de Duprat y Gicca resultan los guarismos siguientes de los Estados italianos en el año de 1859.

	Ingresos	Gastos
Estados pontificios.....	Liras. 78,483,392	77,503,340
Reino de Nápoles	128,072,426	126,377,010
Gran Ducado de Toscana..	39,866,400	39,131,300
Ducado de Parma.....	8,702,223	8,583,064
Ducado de Módena.....	10,910,196	10,933,272
Reino de Cerdeña.....	157,374,252	159,637,314
Lombardía.....	86,600,000	67,392,000
TOTALES GENERALES....	509,128,891	490,914,300

De este modo, en vez de reconciliarse con el piadoso sentimiento de la patria vencida, con el noble propósito de reconstituir su grandeza ó su felicidad, se tuvo por algún tiempo el triste espectáculo de un pueblo que, no queriendo confesarse vencido, busca, en el despecho de su derrota, nuevos elementos de trastorno y desorden, semejante á aquellos jugadores desafortunados que timentan nuevamente la suerte cambiando de mesa ó de tapete.

Mientras que no se tenía ánimo más que para querrellarse, ni fuerza más que para enfurecerse y temblar de rabia y de despecho, se perdía y desperdiciaba aquel tesoro de afecto de los primeros y patrióticos sacudimientos italianos, sin adquirir aquel temple robusto y varonil que dan las desventuras. Se iban perdiendo en la sociedad culta las buenas maneras, acostumbrándose á no estimar nada sublime, ni ideal, y á mirar con indiferencia ó desprecio todo lo que tuviese por objeto tributar culto á la ciencia y á la fe. Desterradas las ideas de subordinación y economía, se introdujeron las maneras de los bravos, de la fanfarronería; se hizo moda el fumar, y el afectar, en fin, una falta de educación y grosería. Se prefería y se anhelaba tener una catástrofe dramática, más bien que un lento y verdadero progreso.

Con todos estos trastornos se habían disipado reservas inmensas, agotado el tesoro y aumentado las deudas. Se había puesto en circulación papel moneda, perjudicado á las comunes, hecho más costoso el gobernar, por cuanto era más difícil; de esto nacía la imprescindible necesidad de imponer nuevas cargas, de aumentar las contribuciones, de emplear la fuerza, todo lo cual creaba muchos descontentos y daba lugar á nuevas turbulencias.

Los gobiernos restablecidos, no pudiendo impedir el que se recordase lo pasado y se alimentasen esperanzas de lo venidero, tomaban sus providencias, proveyéndose de armas, recurriendo al auxilio de tropas extranjeras, aumentando sus ejércitos, su gendarmería, y recurriendo á los estados de sitio; medidas todas repugnantes á las condiciones normales de toda sociedad culta y civilizada. La regularidad de los tribunales y de la administración era reemplazada por el criterio incondicional del militarismo y de las córtés marciales, exentas de aquellas trabas y formalidades que protegen la vida y la seguridad de los ciudadanos, y son su salvaguardia.

Los Austriacos no consiguieron el captarse la voluntad, ni hacerse tolerar, á pesar de las muchas libertades que concedieron, y á pesar de haber enviado como gobernador al archiduque Maximiliano hermano del emperador. Este joven príncipe que era muy instruido y abrigaba buenas

intenciones, concibió la noble ilusión de reconciliar el reino Lombardo-Veneto, de encaminarlo á su prosperidad, de despertar las antiguas tradiciones de alegría y confianza entre el pueblo y el Gobierno, entre los nobles y la Corte, como sucedía en el siglo pasado. Favorecía y secundaba las empresas particulares, y sugería otras nuevas; pedía consejos á aquellos sujetos que eran aptos y capaces de dárselos; instituía comisiones para nivelar las cargas del país veneto con las del país lombardo; hizo encauzar y regularizar el curso del torrente Ledro, desecar los valles veroneses, socorrer la extrema miseria de la Vattelina; impuso á todos los pueblos la obligación de proveerse de bombas contra incendios; reformó las Academias de Bellas Artes y de Ciencias: introdujo nuevos métodos de educación apropiados al país, y promovió la ejecución de obras de ingenio.

Un enjambre de periódicos que no escaseaban ni las alabanzas, ni los vituperios, difundían con prodigalidad las noticias más incendiarias, las cuales, á pesar de lo absurdo de muchas de ellas, eran creídas, y sobre todo, repetidas á porfía por una multitud de papeluchos, no atreviéndose nadie á contradecirlos. De este modo era como el *partido nacional de la Italia independiente y una*, creaba una opinión eficaz y activa, y sugería los medios de aumentarla. Habíase puesto al frente como cabeza y jefe de este partido Daniel Manin, el cual, después de haber sido dictador de Venecia republicana, se había hecho partidario de la monarquía: el brazo de aquel partido era el siciliano La Farina; protegidos ambos á dos por Cavour, oculta pero muy poderosamente. Mazzini, que con la *Sociedad nacional italiana* predicaba la unidad de Italia, pero republicana, se manifestaba poco satisfecho; de modo que le faltaba el apoyo oficial.

Hicieron muchas tentativas de insurrección en las Romañas, en las Dos Sicilias, y por último en Génova. Se empleaban cuantos medios se podían, cualesquiera que fuesen. El duque de Parma y otras muchas personas particulares fueron asesinados; se intentó hacer lo mismo con el emperador de Austria (*Libani*), y con el rey de las Dos Sicilias (*Milano*).

Napoleon III, como representante de esa omnipotencia del Estado en donde el liberalismo confina con el socialismo, habría debido agrandar á los sectarios de cuyo seno procedía; sin embargo, renováronse las conspiraciones, y los Italianos le tenían mala voluntad por haber restablecido el dominio papal. Ya en el año de 1855 había atentado contra su vida un tal Pianori, de Faenza; y en el 1857 hicieron otras tentativas el piamontés Tibaldi, un sombrerero de Cesena llamado Grilli, y el zapatero Bartolotti, los cuales habiendo sido descubiertos, fueron condenados,

así como también lo fueron en rebeldía, como cómplices, Mazzini, Massarenti y Campanella.

Félix Orsini, natural de la Romaña, tenía por principio que, mientras hubiese un extranjero armado en el suelo de Italia, debía haber también una conspiración constante; debía hacerse una guerra sorda, encarnizada, empleando para ello toda clase de medios. Así, siempre estuvo conspirando con Mazzini. Habiendo conseguido escaparse de la cárcel de Mantua, se fué á Inglaterra, en cuyo país exponía la deplorable situación en que se hallaba la Italia. Secundado por Pieri, de Luca; por Rodio, de Bellune, y por el napolitano Gomez, preparó unas bombas infernales, y las arrojó en París sobre el coche del emperador al dirigirse este al teatro. Cincuenta y seis personas fueron muertas ó heridas, y veinte y cuatro caballos, de resultas de la explosión de estas bombas; pero el emperador se salvó milagrosamente. Habiendo sido preso Orsini y formándosele causa, confesó que había obrado de aquel modo por amor de Italia, cuya emancipación y regeneración completa esperaba por medio de un trastorno universal. Se acuñaron medallas, se hicieron retratos y gravados que representaban su atentado y su suplicio, en todos los países: fué moda el llevar como adorno en brazaletes y pendientes, bombas diminutas de la misma forma que las suyas, y se publicaron y comentaron sus Memorias.

Este atentado causó una gran sensación al emperador, el cual, viéndose expuesto á ser asesinado por perjuro al juramento masónico, se arrojó enteramente en brazos de la revolución con el propósito de cambiar la suerte política de la Italia. Así fué que volvió á conspirar de nuevo con Cavour, sirviéndole para ello de únicos confidentes, su primo Jerónimo, Walewski, su ministro de Negocios extranjeros, Pietri de la Policía, y el embajador sardo en París, Villamarina.

Habiendo convidado á Cavour, durante el verano de 1858 á que viniese á los baños de Plombières; allí concertó con él la expulsión de los Austriacos del reino Lombardo-Veneto, el cual, con los ducados, sería anexo á la Cerdeña, cediendo esta á la Francia, Niza y la Saboya: se colocaría en el trono de Nápoles á un Napoleón, y á otro en la Toscana, agrandada con las Legaciones: se daría la Sicilia á un hijo segundo de la Casa de Saboya; y unidos todos estos príncipes por una confederación, se pondría al Papa á su cabeza, el cual reconstituiría su Gobierno, á semejanza del Gobierno francés.

En un folleto que se publicó, por aquel tiempo, titulado *Napoleon III y la Italia*, se proponía todo esto, y se hablaba sin ambages ni rodeos de la expulsión de los Austriacos. « La historia y la naturaleza, se decía, se oponen á que pueda ha-